Miércoles de CENIZA: Mt 6, 1-6.16-18

Estamos en el miércoles de ceniza, que es el principio de la Cuaresma. En este tiempo la Iglesia nos recuerda las palabras que san Pablo les decía a los corintios, hoy en la 2ª lectura: “Ahora es el tiempo de gracia, el día de la salvación”. Es un tiempo más propicio para acercarnos a Dios, comenzando por sentir más el arrepentimiento de los pecados. La palabra “Cuaresma” proviene de cuarenta, recordando sobre todo el tiempo de Jesús para prepararse a su predicación con ayuno y oración. Nosotros nos debemos preparar para celebrar dignamente los misterios de la pasión, muerte y, sobre todo, resurrección de Jesús. Es un camino espiritual que cada año debemos emprender con mayor energía y gracia, un camino de acercamiento al Señor.

Comenzamos con este miércoles, que llamamos de ceniza, por el rito de imposición de la ceniza sobre nuestras cabezas. Este rito ya figura en el Ant. Test. como signo de penitencia. En la primitiva cristiandad se ponía sobre los penitentes en este tiempo y en estos 40 días los catecúmenos se preparaban para el bautismo en la noche pascual.

Dos ideas principales quiere la Iglesia infundirnos con este rito, según las dos fórmulas que se dicen en ese momento. Una es sobre la caducidad de las cosas terrenas: Todo se acabará, somos como polvo y ceniza. Otra es para infundirnos el deseo de empaparnos más de la Palabra de Dios, para que creyendo, tengamos más vida en el Señor. El mensaje no es sólo de penitencia y arrepentimiento, sino que tiene principalmente un aspecto positivo: Convertirnos para llenarnos del bien.

El miércoles de ceniza es como un tocar la trompeta: un aviso de parte de Dios. En la primera lectura de este día se habla del profeta Joel que quería tocar la trompeta para invitar a la conversión. Este profeta, que vivió en tiempos de calamidades, unos 400 años antes de Jesucristo, llama al pueblo de Israel a un tiempo de penitencia, para convertirse de su mal. Pide que no sean sólo ritos externos, sino que sea una conversión interior del corazón para hacer la voluntad de Dios. Y esto, porque Dios “es compasivo y clemente, paciente y misericordioso”.

Esta actitud interior del corazón ante Dios es la que nos pide Jesús hoy en el evangelio. Todo el “sermón de la montaña” es para indicarnos la actitud que debe tener quien quiera ser discípulo de Jesús, en contraste con la actitud de los fariseos, que atendían especialmente a las fórmulas externas, a aparentar más que a ser. Hoy nos habla de tres actos religiosos que hacían los fariseos, la limosna, la oración y el ayuno. Es una invitación para que también nosotros los hagamos en este tiempo de Cuaresma; pero de una manera muy distinta y con un espíritu renovado.

No se trata de hacer un negocio con Dios y menos de adquirir aquí una gloria terrena con estos actos. La oración es para unirnos más con Dios, la limosna para pensar en el bien de los demás y el ayuno para mejor refrenar nuestras pasiones.

La oración era la particular que todo buen judío debía hacer tres veces al día. Si lo hacen ostentosamente, sólo “para quedar bien”, no aprovecha. Por eso es mejor hacerla donde nadie nos vea, si es posible, para que Dios, que todo lo ve, nos premie y nos una más a Él. El ayuno y la limosna están bastante ligados, porque, si se ayuna, debe ser para honrar a Dios y ser más dueños de nuestros instintos, pero sobre todo para hacer más caridad y poder dar más limosnas. Estas deben ser lo más secretas posibles, tanto que “la mano izquierda no sepa lo que hace la mano derecha”. Son expresiones un poco extremas, al estilo oriental, para que se nos grabe mejor.

Todo esto no quiere decir que la Cuaresma tenga que ser triste, sino alegre porque nos acercamos a Dios. Por eso dijo Jesús que al hacer el ayuno se debe “perfumar”. Es una expresión de alegría, aunque la cosa es muy “seria”, porque estamos ante la presencia de Dios que ve los actos externos y sobre todo las intenciones del corazón. Recibamos la ceniza con humildad y con deseos de vivir mejor este “tiempo de gracia”.